

tomar sus disposiciones para no ser sorprendido por un enemigo pérfido y desleal.

El general español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir cuanto tramaban contra sus huéspedes. La intérprete Marina había sabido inspirar tan vivo y sincero afecto á una cholulana, esposa de uno de los principales habitantes de la ciudad, que esta mujer deseando salvar á la jóven, puso en su noticia toda la conspiracion formada contra los españoles, que habian de perecer sin distincion, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Marina, partidaria de los españoles, fingió que se aprovechaba del aviso de la cholulana, para obtener de ella todos los pormenores de la conspiracion. Así consiguió saber que un cuerpo de tropa mejicana estaba oculto en las cercanías de Cholula, para presentarse á una señal convenida; que se habian formado barricadas en muchas calles, y que en otras habia fosos ligeramente encubiertos para que se hundiesen los caballos; que además habian subido una gran cantidad de piedras y otros proyectiles á lo alto de las casas y de los templos, para arrojarlos contra los españoles y dejarlos aplastados.

Cortés, viendo el peligro que corria, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar la trama. Hizo venir primeramente á la mujer india que habia hablado con Marina y á tres de los principales sacerdotes, y habiéndolos encerrado, les hizo

confesar á fuerza de amenazas la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos. Juzgó entonces que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y á sus parciales, y mandó que sus soldados y los cempoales que los acompañaban formasen en batalla en el gran patio del alojamiento, y avisó á los tlaxcaltecas acampados fuera de puertas, que invadiesen la ciudad al primer tiro que oyesen. Los principales caudillos de Cholula fueron atraídos con varios pretextos al cuartel español y arrestados en él: en seguida Cortés mandó que saliesen las tropas para empezar el ataque.

Entonces los españoles y los cempoales se precipitaron en las calles, mientras que los tlaxcaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes, sin jefes, se dejaban matar sin resistencia. Verdad es que los mejicanos, saliendo de su emboscada, acudieron á socorrerlos; pero fueron derrotados y buscaron su refugio en las torres y en el templo principal.

Cortés anunció que se perdonaria la vida á los que se rindiesen; pero solo un mejicano bajó de las torres; los demás prefirieron la muerte al oprobio del vencimiento. Cortés dejándose arrebatado de la cólera en el calor del combate, deshonoró su victoria con un acto de crueldad, mandando pegar fuego al templo, donde muchos infelices perecieron entre las llamas.

Durante dos dias los irritados españoles hicieron



que corriese la sangre en la ciudad de Cholula entregada al saqueo. El cansancio de los soldados puso fin á la matanza, y Cortés vengado, dió libertad á los magistrados prisioneros, y echándoles en cara su perfidia y el haber sido causa de todas las desgracias de su ciudad, les mandó que hiciesen venir á todos los habitantes que habian huido, puesto que él les concedia una amnistia general. Era tal la impresion de supersticioso temor producida por las sangrientas escenas con que habian señalado su venganza los españoles, que todos los cholulanos fugitivos volvieron á la ciudad, que en breve se vió llena de un pueblo sumiso y obediente.

Pero el mismo hombre que habia autorizado unos escesos que tanta sangre costaron á los infelices cholulanos, se propuso ser el mediador de una sincera reconciliacion entre dos pueblos animados entonces uno contra otro de los mas hostiles sentimientos. Cortés hizo que tlaxcaltecas y cholulanos se jurasen con todas las ceremonias que aseguran la inviolabilidad de los juramentos, una amistad que uniéndolos entre sí, le proporcionaba al mismo tiempo el auxilio de dos aliados tan poderosos. Esta reconciliacion fué á la vez un acto de humanidad y de previsora política.

Continuó entonces su marcha á Méjico, oyendo al paso en todas partes las quejas de los indios contra el despotismo de Motezuma. Los gobernadores no deseaban otra cosa mas que liberarse de él. Entre los caciques que recibieron á los españoles como

unos libertadores, el de Tezcuco, una de las ciudades mas considerables del imperio, manifestó á Cortés el odio mas violento al emperador. ¿Pero qué hacia este monarca, señalado en todas partes como un tirano, al ver que un enemigo formidable llegaba á la capital?

La conducta de Motezuma revelaba la indecision, síntoma de miedo y debilidad: tan pronto enviaba mensajeros á Cortés para invitarle á entrar en Méjico, tan pronto le enviaba á decir que se detuviese; pero el general español avanzaba siempre: cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcuco y de allí á Iztapalapa. Al bajar de las montañas de Chalco, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisaje. A su frente se estendia un inmenso y delicioso país, donde se divisaba un lago semejante á un mar, y en medio de este lago, ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era fácil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos.

Detuviéronse los españoles á vista de tal espectáculo, cuya magnificencia escitaba su sorpresa y admiracion, creyéndose trasportados al país de las encantadoras. Olvidaron entonces los males que habian sufrido, para no acordarse mas que de la recompensa reservada á su constancia y valor; ya llegaban al término de sus afanes, y se distribuian con la imaginacion los tesoros que encerraba la brillante capital: ya podia Cortés imponerles



nuevos sacrificios y nuevas penalidades, porque pronto estaban á seguirle á todas partes. Así el general, viendo el universal ardor y el entusiasmo que animaban á su ejército, trató de aprovecharse de ellos, avanzando lleno de confianza por una de las calzadas del lago, hácia al palacio del emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad como unos mil mejicanos que traían mantos de tela de algodón y penachos en la cabeza. Salían á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al general con respeto y le anunciaron la próxima llegada del mismo emperador. Poco después se descubrió la vanguardia de su brillante comitiva, formada por doscientos hombres de la servidumbre del emperador, los que traían también mantos blancos y penachos; pero caminaban descalzos, de dos en dos, y guardando un profundo silencio.

Así que llegaron al frente del ejército español, hicieron alto y se formaron á los lados de la calzada, para que llegase hasta los extranjeros otra comitiva de servidores de Motezuma, vestidos con mayor magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales de su imperio. Otros dependientes sostenían sobre la cabeza del monarca un dosel de tela entretrejida de plata, sobre la que ondeaban plumas verdes.

Precedían á esta comitiva ocho magistrados llevando en la mano unos bastones de oro que levantaban de rato en rato con solemne gravedad. Cada vez que los magistrados levantaban sus bastones, el pueblo se prosternaba, tapándose la cara con las manos, como si se juzgase indigno de levantar los ojos hácia su soberano. Cuando esta tropa llegó junto á los españoles, Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hácia Motezuma. En el mismo instante, el emperador se levantó de su silla, y bajando de las andas, se adelantó lentamente hácia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo, para que no tocase con los piés en el suelo.

Cortés saludó al monarca á la usanza europea, y Motezuma contestó al saludo besando su propia mano, con la que había tocado la tierra; signo, como ya se ha dicho, del mayor respeto entre aquellas gentes. Por esta causa los mejicanos quedaron altamente sorprendidos de ver á un monarca tan orgulloso que ni aun á los ídolos honraba más que con una inclinación de cabeza, rendir tal homenaje á los extranjeros. Ya no dudaron de que eran unas divinidades, y el nombre de *teules*, que en lengua mejicana significa *dioses*, era repetido con frecuencia por los numerosos espectadores de esta escena.

Después de los primeros cumplidos, Cortés se quitó una cadena de piedras falsas que llevaba sobre la armadura, y se la echó al cuello.

Motezuma, que pareció quedar muy satisfecho del



regalo. Mandó que trajesen al instante la alhaja mas preciosa de su tesoro, que consistia en un collar de conchas muy raras, de cuyas puntas pendian cuatro cangrejos de oro. El mismo echó este collar al cuello de Cortés, lo que redobló la sorpresa de los mejicanos.

El emperador era de mediana estatura y mas bien delgado que grueso; tenia aire de majestad y viveza en sus miradas; su piel era menos tostada que la de los demás mejicanos, y tendria como unos cuarenta años. Traia un largo manto de fina tela de algodón, cubierto de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona de oro que llevaba en la cabeza era parecida á una mitra, y su calzado se componia de placas de oro macizo, sujetas con hebillas del mismo metal.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad, que no se llamaba entonces Méjico, sino Tenuchitlan. Los historiadores españoles aseguran que se contaban mas de veinte mil casas de un solo piso, y hablaban tambien del extraordinario número y magnificencia de los templos que embellecian esta ciudad; pero sus relaciones son algo exageradas. En lo que no cabe duda, es en que la capital del imperio mejicano era muy grande y estaba muy poblada.

Un palacio que por sus altas murallas y sus puertas parecia desde lejos una fortaleza, fué el alojamiento á donde el mismo Motezuma condujo á los españoles. Segun su costumbre, Cortés colocó en

todas las avenidas centinelas y cañones, recomendando á sus oficiales y soldados que observasen la mas exacta disciplina y estuviesen alerta para evitar toda sorpresa, porque desconfiaba, no sin fundamento, de la hospitalidad mejicana.

